

rodea en los primeros años los idiomas de Shakespeare y de Dante, el amor a los versos y a la música, a las aves y a los lienzos, a las esculturas y a las gentes. Sus ojos, rasgados, oscuros, expresivos, lo miran y admiran todo.

El alba de una vocación ilumina tempranamente su alma infantil. Lo que más gusta a la niña-ruiseñor es jugar con sus muñecas y las de Parthenope, considerándolas seres desvalidos, delicados, de salud quebradiza, a quienes es menester curar extrañas dolencias que empañan sus ojos de cristal y empalidecen el carmín de sus mejillas de china, a quienes es menester vender sus pierrecillas y brazuelos rotos con el soplo de la brisa. Florencia no gusta de sacar de paseo a sus muñecas, como hacen las otras niñas. Prefiere arroparlas en sus camitas, resguardarlas de las pérfidas corrientes de aire, prepararles pócimas, emplastos, unguentos y sinapismos, imitando gentilmente la grave seriedad del docto doctor y el parlanchín boticario.

Los Nightingale poseen una vasta propiedad en Inglaterra en el condado de Derby, en la que residen gran parte del año una vez vueltos de Italia. Retozando una tarde en las húmedas praderas, el perro predilecto de Florencia se rompe una pata. Avisado el físico del pueblo acude al castillo y reduce la fractura del hueso, que entablilla y venda con ayuda de la niña, de manos angelicales para estos menesteres. Merced a sus cuidados, el can vuelve a correr y saltar con ella a los pocos días. Algún tiempo después cae gravemente enferma una pariente de los Nightingale. Florencia, sin saber por qué, se instala a la cabecera de su lecho, vigila con atención el proceso mórbido y colabora con el galeño en su difícil terapéutica, hasta que la salud vuelve. Luego son los primos con

fiebres o escalabraduras los que reciben el regalo de sus cuidados. Finalmente, en cualquier casa pobre del lugar en donde una enfermedad hace acto de amenazadora presencia surge la adolescente sonriente dispuesta a no ceder a nadie la tarea de cuidar al niño, al viejo o al tullido. Con su sonrisa, sus hábiles manos y su voz de suave tono se forma un bálsamo de increíble eficacia para disipar dolores y restañar heridas. La gratitud obliga a las humildes gentes a aceptar y seguir el consejo de Florencia de ser limpias y cuidadosas de sus personas.

Grave escándalo hubiera sido en Inglaterra que la hija del honorable señor Nightingale estudiara Medicina, profesión de burgueses desheredados de la fortuna. Aun admitiendo su vocación y sus dotes para curar casi rayanas en el prodigio, el señor Nightingale continúa aleccionándola en las nobles artes y las bellas letras, mientras la señora Nightingale, como todas las madres, sueña epitalamios con un joven Lord con acento oxfordiano encaminado hacia la política, la Marina o la diplomacia de Su Graciosa Majestad la Reina Victoria, recién subida al Trono. Bella, inteligente, culta, hija de padres nobles y acaudalados, Florencia podía muy bien enamorar al más ilustre «dandy» del Reino Unido. Mientras la imaginación materna devana estos ensueños nupciales, el corazón de la hija continúa latiendo sólo para los que sufren. A pesar de ello, en 1838 debe cumplir sus deberes de joven patricia británica y acudir con sus padres a una gran fiesta en la Corte de Saint-James, en la que varios centenares de muchachas vestidas de blanco han de hacer su reverencia ante la Reina, a la que son presentadas por el gran chambelán. En el baile real y en otras fiestas mundanas de la «season» inglesa, la belle-